



*Artículos y Ensayos*

---

CONSIDERACIONES PRELIMINARES PARA UNA INVESTIGACIÓN SOBRE  
LO FEMENINO EN PSICOANÁLISIS

LUCIANO LUTEREAU

**RESUMEN**

En el presente artículo se exponen tres consideraciones preliminares para una investigación de lo femenino en psicoanálisis: por un lado, la distinción entre el enfoque psicoanalítico y la perspectiva psicopatológica; por otro lado, se presenta la noción de “posición sexuada”; por último, se desglosa una serie tópicos problemáticos centrales para la investigación mencionada.

**Palabras Clave:** Psicoanálisis, Psicopatología, Femenidad.

**PRELIMINARY CONSIDERATIONS FOR A  
RESEARCH ABOUT THE FEMININE IN  
PSYCHOANALYSIS**

**SUMMARY**

In this article three preliminary considerations will be explained for a research about the feminine in psychoanalysis: on one side, the distinction between the psychoanalytic point of view and the psychopathological perspective; on the other side, we will introduce the concept on "sexuated position"; lastly, a series of problem topics will be broken down for the aforementioned research.

**Keywords:** Psychoanalysis, Psychopathology, Feminine.



## Introducción

En los últimos años la cuestión de la feminidad ha cobrado un interés renovado en la teoría psicoanalítica. Podrían destacarse, para el caso, diversas publicaciones que realizaron un aporte vital al campo de estudios sobre la sexuación (Cf. Cevasco, 2010). Sin embargo, también podría destacarse un extravío habitual del que muchas otras publicaciones acusan recibo: la suposición de que habría una especie de concepción psicoanalítica acerca de lo que es ser una mujer.

“¿Qué es una mujer?”, es una pregunta eminentemente histórica; especialmente cuando se la fórmula en términos de deseo:

Desde el momento en que ustedes formulan la pregunta: ‘¿Qué quiere una mujer?’, sitúan la cuestión a nivel del deseo. Todos saben que ubicar la cuestión a nivel del deseo con respecto a la mujer es interrogar a la histórica. (Lacan, 1969-70, 137)

Por eso a Lacan le gustaba ironizar y sostener que a la mujer sólo le interesaba gozar. Colette Soler resume la distinción entre la posición histórica y la posición femenina en los siguientes términos:

Del sujeto histórico no se podría decir: quiere gozar, y, tampoco se podría decir lo contrario. ¿Qué es lo que quiere entonces? De lo que precede se desprende una fórmula. El histórico, que busca insatisfacer al Otro, apunta a un plus de ser. Se podría decir entonces: una mujer quiere gozar, la histórica quiere ser. Incluso exige ser, ser algo para el Otro, no un objeto de goce sino un objeto precioso que sustente el deseo y el amor. Se puede



diseñar el cuadro de los rasgos diferenciales tal como los propone Lacan. Del lado mujer, a la izquierda, la referencia al goce, es decir a un plus; del lado de la histérica, a la derecha, un querer ser. Aún hay que completar el cuadro con las características de la verdad del goce efectivo y precisar ese querer gozar de la mujer. Se acompaña de un querer hacer gozar. El goce que un hombre tiene de una mujer la divide, dice Lacan en ‘El Atolondradicho’. Es decir que el goce del *parternaire* viene al lugar de la causa del deseo de ella. Distinguimos claramente los dos registros de la oferta de gozar para el Otro que hace la mujer –y que difiere de la oferta de desear de la histérica– y, por otra parte, el goce específico de la mujer. Porque, en efecto, ocurre a menudo que hay mujeres que no quieren ni hacer gozar –aversión primaria de la histérica, bien percibida por Freud– ni gozar, pues el goce no es forzosamente deseable. (Soler, 2004, 75-76)

De este modo, Colette Soler permite ubicar una cuestión preliminar a todo estudio posible de la feminidad en psicoanálisis: ni siquiera la relación con el goce es tan estrecha que pueda ser referida de modo unilateral. He aquí otro de los obstáculos recientes para pensar lo femenino, esto es, hablar en términos abstractos de un “goce suplementario” que redundaría en una especie de mística *prêt-à-porter* que suele fascinar... con mayor gusto a la histérica.

Este malentendido suele ocasionarse a partir de una lectura débil de la última enseñanza de Lacan; en particular, de las fórmulas de la sexuación, por cuya hendidura se ha colado una especie de *nueva* psicopatología psicoanalítica, aunque esta vez aplicada



a los hombres y las mujeres: habría cosas de hombres y cosas de mujeres, conductas típicas en cada uno de los casos, generalizaciones empíricas que, luego, terminan funcionando como pautas normativas. Si éste fuera el destino del psicoanálisis, ¡no estaría injustificado el reproche policial (y de vigilancia subjetiva) que suele endilgarse al psicoanalista!

Esta última observación suele verificarse en la incidencia clínica de esta orientación cuando no se advierte el alcance de aquello que podríamos llamar “posición sexuada”: ¿cuántas veces no se habrán escuchado casos en los que un analista le dice a su analizante que, después de todo, su pareja es una mujer y, por lo tanto, algo inaprehensible? O bien se interviene en función de sancionar la inercia del deseo fálico. Sin embargo, ¡no hace falta el psicoanálisis para decir que los hombres son todos iguales y las mujeres están un poco locas!

En el presente artículo se exponen tres consideraciones preliminares para una investigación de lo femenino en psicoanálisis: por un lado, la distinción entre el enfoque psicoanalítico y la perspectiva psicopatológica; por otro lado, se presenta la noción de “posición sexuada”; por último, se desglosa una serie tópicos problemáticos centrales para la investigación mencionada.

### **La psicopatología es una resistencia del analista**

Una de las inquietudes que más preocupan del psicoanálisis contemporáneo es lo que podríamos llamar su creciente “psicopatologización”. La psicopatología podría resumirse en una fórmula breve: “A cada cual su mecanismo”; es decir: “Dime qué mecanismo aplicas y te diré si eres neurótico, psicótico o perverso”. Esta inquietud suele



reflejarse para muchos practicantes que se inician en la primeras supervisiones, interesados mucho más en “armar” el caso que en tratar de entender las variantes y potencia de su acto.

Sin embargo, el diagnóstico estructural como condición para un tratamiento es un extravío clínico. En efecto, a la psicopatología nos gustaría oponer la clínica. Hacer clínica, como dijo alguna vez Lacan en la “Apertura de la Sección clínica”, es trazar distinciones que importan... y no meramente clasificar. Porque la localización de un mecanismo es lo contrario a ubicar la posición del sujeto.

Asimismo, hoy en día estamos demasiado inclinados a viciar la palabra “sujeto”. Decimos, “el” sujeto, “la” sujeto, lo que el sujeto “quiere, piensa, desea”, como si este término fuera equivalente de subjetividad, persona, etc. En este punto, cabría recordar que el psicoanálisis no es una teoría de la subjetividad, sino del sujeto, y para poder entender este término sería preciso reconducirlo a su expresión más básica, esto es, su acepción freudiana: “conflicto”. Dicho de otro modo, el título freudiano de la noción de sujeto es “representación inconciliable”, y cada estructura –si es que las hay– o tipo clínico es un modo de elaborar esta división o, para utilizar otra expresión de Freud, “desgarramiento del ser moral”.

Esta última observación nos lleva a una cuestión significativa: si el sujeto es la división subjetiva, nunca podemos dejar de tratar de precisar qué posición toma el ser hablante respecto de aquella. Y aquí no indicamos ningún mecanismo específico, sino el carácter electivo que siempre encontramos frente al conflicto. Por ejemplo, pensemos en el caso del olvido de nombres propios en la *Psicopatología de la vida cotidiana*: antes de



realizar toda la deriva significativa que permite encontrar la determinación inconsciente de esa formación discursiva, es importante no olvidar la decisión de Freud de callar...

He aquí, entonces, por qué con el curso de los años Lacan introdujo la noción de *parlêtre*: esta última referencia no es un equivalente del sujeto, sino que recupera, más allá del efecto de división, la posición que cada “ser hablante” toma respecto del padecimiento.

### ¿Qué es una posición sexuada?

Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando hablamos de “posición sexuada”? Para dar cuenta de este aspecto, como hemos dicho, es preciso rectificar cierta lectura apresurada de la última enseñanza de Lacan, especialmente de sus fórmulas de la sexuación, que muchas veces suelen ser leídas como “formas del ser”; ser hombre y ser mujer. Sin embargo, si esto fuera así, ¡el psicoanálisis se dilapidaría en una especie de sociología o conductismo psicoanalítico!

En principio, estas fórmulas no tienen valor prescriptivo, sino que remiten a elecciones del ser hablante con respecto a la división subjetiva; en particular, cada posición se delimita en función de su relación con el deseo, el amor y el goce. Un precedente importante, en la dirección que aquí nos concierne, es la elaboración de E. Laurent en su seminario *Posiciones femeninas del ser*, donde discute la concepción de la feminidad a partir del masoquismo,<sup>1</sup> en la medida en que entregarse a una causa de forma decidida –y a pesar de las consecuencias– no siempre implica una actitud

---

<sup>1</sup> Laurent realiza esta operación en función de una doble vía: por un lado, discute que se trate de una tesis estrictamente freudiana la del “masoquismo femenino”; por otro lado, elabora las versiones posfreudianas que propugnaron esta orientación (por ejemplo, H. Deutsch).



masoquista. En todo caso, se trataría de poder ubicar “el goce particular que puede tener una mujer en despojarse del registro del tener, sin que eso dé cuenta de ningún masoquismo” (Laurent, 1999, 66).

Por esta vía, una primera aproximación podría plantearse a partir de la noción de privación:

La idea de la privación quería, pues, hacer pensar a los psicoanalistas en algo que no fuera el registro del tener y de lo que se puede demandar. [...] Por lo tanto, la mujer no teme nada, y si hace su ser es desembarazándose de su tener. [...] Este es el punto del goce de la privación: fabricarse ese plus a partir de la sustracción en el tener [...]. A partir de allí, Lacan puede mostrar personajes femeninos, que antes que él eran situados en el registro del masoquismo, como la mística... (Laurent, 1999, 67-69)

Aunque es también a través de esta orientación que puede pensarse en otros personajes paradigmáticos en la enseñanza de Lacan: el caso de Medea, como el de Madeleine (esposa de A. Gide); pero, ¿es el goce de la privación una posición estrictamente femenina? ¿No es ésta una posibilidad que la histeria demuestra mejor que nadie? De este modo, ciertos “actos” –que demuestran de qué manera las mujeres pueden avanzar más allá de la amenaza de castración y, por ejemplo, realizar las más feroces venganzas– no son condición suficiente, a pesar de desahuciar la vía del tener: que Medea sea capaz de matar a su propios hijos debería llevar a pensar en la particularidad que impone a la maternidad una deriva perversa; o bien, que Madeleine



haya quemado las preciadas cartas de su marido, asestándole un golpe en el corazón mismo de su ser como escritor, son resoluciones que subrayan que la mujer no le “teme” la falta, pero no permiten esclarecer de manera positiva la relación con el goce en función de un suplemento al falo.

Por otro lado, Laurent indica –también respecto del esclarecimiento de la cuestión del masoquismo– la posición de objeto en el fantasma fálico como otra posibilidad femenina:

Lacan hace de esta privación, entonces, el instrumento para repensar el ser de las mujeres, tal como fue dejado por el masoquismo. [...] cosa que asegura la relación que hace que, llegado el caso, ciertas mujeres hayan podido consentir al fantasma del hombre en posiciones subjetivas donde dolor y humillación están unidos. (Laurent, 1999, 70)

De acuerdo con esta perspectiva puede entenderse la pregnancy de la demanda amorosa en las mujeres (que apunta al ser), su devoción por el amor (que no se encuentra limitada por la castración), al punto de alcanzar niveles de entrega extenuantes por la subsunción bajo un deseo:

Por eso Lacan prefiere el término ‘estrago’ (*ravage*) –que, en su momento, un hombre puede ejercer sobre una mujer– al término ‘masoquismo’. No es porque las mujeres son masoquistas, sino porque, al no estar ese límite, esa barrera de la amenaza de castración, pueden ser mucho más decididas para poner de sí mismas. (Laurent, 1999, 70)





De este modo, si el masoquismo puede ser considerado femenino, es esencialmente donde altera la medida fálica. No obstante, esta orientación requiere del planteo de la especificidad del goce correspondiente. En términos generales, es cierto que el campo de lo femenino comienza más allá de la dialéctica del tener y la castración, pero la demanda por el ser también debe ser incluida dentro del espectro fálico: como el caso de la mascarada y la posición de objeto en el fanstama demuestran. Sin duda, lo femenino implica una suerte de “saber hacer” con la falta, pero en este límite es que se plantea la diversidad entre la feminidad y la histeria –o bien ese punto en que la histeria refiere a lo femenino–, así como la posición de objeto en el fanstama no dirime la pregunta por el deseo que hace consentir a esa posición, que eventualmente puede servir como un semblante del que una mujer puede servirse con mucha destreza.

En resumidas cuentas, si la tesis freudiana es que a la mujer le falta (el falo), la respuesta lacaniana es que no le falta nada; aunque sería más afortunado sostener que “sabe hacer” con esa falta: así lo demuestran la histeria, la mascarada y el semblante de objeto, todas posiciones asociadas al *ser*. Así es que, por último, Laurent precisa con énfasis una referencia lacaniana en el escrito “Ideas directivas...”, el llamado “narcisismo del deseo”:

Freud notaba el encanto deletéreo y subyugante de la mujer narcisista [...].

Y bien, aquí Lacan separa el narcisismo del ego, ‘amarse a sí mismo’, que le asigna a los dos sexos, de aquello que es el amor del deseo, el narcisismo del deseo. Amor del deseo o deseo del deseo mismo, que es más apropiado para designar la salida femenina. (Laurent, 1999, 93)



Este modo de “amar el deseo” se sitúa, entonces, como mediación o bisagra, entre la “pura ausencia” de la falta y la “pura sensibilidad” del goce –para retomar los términos del escrito de Lacan que comentaremos a continuación–.

### **Ideas directivas acerca de lo femenino**

Para concluir este artículo de consideraciones preliminares, realizaremos una breve disquisición en torno a un célebre escrito de Lacan titulado “Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina”. Se trata de una comunicación presentada en septiembre de 1960 en la Universidad Municipal de Amsterdam. Allí Lacan parte de ubicar de qué manera el posfreudismo dejó a un lado la concepción del complejo de castración para prestar una creciente atención a la relación con la madre y las frustraciones que en dicha relación se producirían. Después de todo, ¿qué no se explicaba en el kleinismo a partir de una fijación pre-edípica! En dicho contexto, Lacan sitúa su punto de partida en una afirmación de notable actualidad:

Que se trata de una promoción conceptual de la sexualidad de la mujer, es cosa que no ofrece duda, y que permite observar una notable negligencia.

(Lacan, 1960, 704)

El propósito de dicho texto es bien concreto: esclarecer la posición femenina en relación a lo que allí Lacan llama “la relación genital, en la cual el acto del coito ocupa un lugar por lo menos local” (Lacan, 1960, 704). Dicho de otro modo, en estos términos Lacan anticipa los desarrollos posteriores acerca de las fórmulas de la sexuación, en la medida en que intenta precisar el alcance de la posición femenina en tanto Otro sexo, es



decir, en el marco de la diferenciación sexuada. Para ello, propone una triple vía: por un lado, remitirse a los testimonios de las mujeres respecto de su experiencia; por otro lado, subordinar dichos fenómenos a ciertas posiciones de la estructura elucidada por el psicoanálisis, en función de las relaciones con el deseo, el amor, etc.; por último, reordenar dicho material en términos de las elaboraciones de la bisexualidad para ambos sexos, esto es, sobrepasar no sólo la cuestión anatómica, sino también el alcance de las identificaciones.

Este último punto es particularmente importante, porque plantea en el contexto de la enseñanza lacaniana un primer paso más allá de la metáfora paterna en dirección hacia una clínica de la sexuación. En el contexto del *seminario 5* la clínica lacaniana se ordenaba en función de los tres tiempos del Edipo: según el momento en que el niño habría quedado posicionado respecto del deseo de la madre su orientación sería hacia la psicosis, la neurosis o la perversión. Así, por ejemplo, si el padre no nomina fálicamente el deseo de aquella nos encontramos en el campo de la psicosis; y si este paso se encuentra dado, ya sea que el niño asuma la condición de fetiche de la madre o condescienda a la privación de esta última por el padre (que, a su vez, otorga la expectativa futura de la realización del sexo a través del Ideal), encontramos las otras dos posibilidades: perversión o neurosis.

Sin embargo, es preciso realizar una suerte de crítica a la metáfora paterna: en primer lugar, porque representa un resabio psicopatológico (cuando no psiquiátrico y clasificatorio) en la enseñanza de Lacan; en segundo lugar, porque pareciera que en ella convergen dos problemas distintos, por un lado, la asunción normativa de los tipos ideales del sexo y, por otro lado, la cuestión de la relación que se establece entre el niño y la



madre. Respecto de este último motivo, es notorio que la metáfora paterna no plantea la posibilidad de una relación directa entre el padre y el niño –no mediada por el deseo de la madre–, cuestión a la que Lacan se dedicará en sus seminarios posteriores en una reformulación de su concepción del padre que llevaría a la noción de *père-version* (ese estatuto del padre que no se vincula con una instancia ideal sino con el modo en que se relaciona con una mujer como causa de su deseo y, por lo tanto, transmite una versión de la castración).<sup>2</sup> Respecto de la madre, también la noción cobraría un desarrollo acusado, al punto de que lleva a ubicar la sexualidad femenina como condición indispensable y precedente para pensar la relación con el niño. Así es que en un texto contemporáneo del *seminario 17* (conocido como “Dos notas sobre el niño”) Lacan propondría que el niño no sólo puede responder a lo que hay de sintomático en la pareja parental sino que también puede quedar capturado como objeto en el fantasma de la madre, aspecto que interroga la función materna más allá de la pregunta por el falo como operador del deseo e introduce su precondition: el modo en que la madre se haya posicionado respecto de su feminidad. Dicho de otro modo, la conclusión es taxativa: ser no-toda madre es condición de que la madre pueda desear a un niño como sustituto (fálico).

Por otro lado, de acuerdo con la deriva mencionada anteriormente en tercer lugar –la cuestión de las referencias anatómicas e identificatorias de la bisexualidad–, Lacan propone dos ejes respecto de los cuales las elaboraciones “brillan por su ausencia”: por un lado, los esclarecimientos fisiológicos de la sexualidad; y, por otro lado, inversamente, la incidencia de la fase fálica en la mujer. El primero de estos aspectos es particularmente

---

<sup>2</sup> La referencia más significativa de Lacan al respecto se encuentra en la clase del 21 de enero 1975 (seminario *RSI*): “Un padre no tiene derecho al respeto, sino al amor, más que si el denominado amor, el dicho respeto está –no le creerán a sus oídos– *père-versement* orientado, es decir, hacer de una mujer objeto *a* que causa su deseo”.



importante, en la medida en que el goce femenino encalla “en el punto preciso donde una fisiología poco celosa se muerde la cola” (Lacan, 1960, 706): la oposición trivial entre goce del clítoris y satisfacción vaginal. A pesar de las más diversas confesiones biologizantes (la sensibilidad del cuello, la pared posterior de la vagina, etc.), nada en los testimonios clínicos de estas cuestiones parece haber sobrepasado el sentido figurativo:

Los representantes del sexo [...] no parecen haber dado lo mejor de sí para el levantamiento del velo. [...] se han atenido generalmente a metáforas, cuya altura en el ideal no significa nada que merezca preferirse a lo que el primer llegado nos ofrece de una poesía menos intencional. (Lacan, 1960, 707)

De este modo, Lacan reniega de hacer del goce femenino una suerte de elogio de lo inefable. Si es que en el goce concernido hay algo que resiste al decir, no obstante pueden situarse las coordenadas de lo indecible. Para ello, la vía que propone se realiza a través del estudio de las formas propias de lo femenino:

Si este estado de cosas delata un callejón sin salida científico en la manera de abordar lo real, lo menos que puede esperarse de los psicoanalistas [...] es que no olviden que su método nació precisamente de un callejón sin salida semejante. [...] lo cual hace oportuno recordar que imágenes y símbolos *en* la mujer no podrían aislarse de las imágenes y símbolos *de* la mujer. (Lacan, 1960, 707)



Ahora bien, para avanzar en este derrotero, Lacan especifica una serie de desconocimientos y prejuicios que es preciso atravesar. Podrían formularse a partir de las preguntas siguientes:

1. ¿Acaso la mediación fálica alcanza para subsumir toda satisfacción pulsional en la mujer y, principalmente, a través de la maternidad?
2. Respecto del lugar ocupado por la vagina, ¿qué papel otorgar a las relaciones con la satisfacción en términos en consentimiento y/o privación?
3. Si la perversión masoquista es una posición eminentemente masculina, ¿cómo pensar un supuesto masoquismo femenino?
4. Dado que lo femenino no es complemento de lo masculino, así como lo pasivo no es el reverso de lo activo, ¿cuál es el estatuto de este *suplemento*?

## Conclusiones

A partir de las dos consideraciones planteadas en los dos primeros apartados, y de las preguntas reconstruidas en el apartado anterior, en una investigación sistemática posterior exploraremos las respuestas a estas preguntas a través de lo que podríamos llamar “clínica de las posiciones femeninas”, y que comprende un análisis de la maternidad, la mascarada, las formas neuróticas de lo femenino, el masoquismo y el goce femenino, a partir de sus relaciones con los operadores que son el falo, el objeto *a* y la categoría de semblante. En última instancia, nuestro propósito no es realizar una descripción estática de estas figuras, sino incardinarlas en la pregunta fundamental por su modo de aparición en la experiencia analítica. Por esta vía, en un ensayo posterior



propondremos una reelaboración de la noción freudiana de transferencia a través del impacto que la enseñanza lacaniana implica para su lectura en tanto concepto clínico.

### Referencias

Cevasco, R. (2010). *La discordancia de los sexos*. Barcelona: Ediciones Psicoanálisis y Sociedad.

Lacan, J. (1960). "Ideas directivas para un Congreso sobre homosexualidad femenina". En *Escritos 2* (pp. 689-702). Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Lacan, J. (1969). *El seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 2004.

Laurent, E. (1999). *Posiciones femeninas del ser*, Buenos Aires: Tres haches.

Soler, C. (2004). *Lo que Lacan dijo de las mujeres*, Buenos Aires: Paidós.